



H-industri@

Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina

Año 5- Nro. 9, segundo semestre de 2011

Dossier

Reflexiones desde la economía sobre la industrialización y la historia de la industria

Juan Odisio
CONICET y AESIAL-IIEP-UBA
juanodisio@conicet.gov.ar

En este número de *H-industri@* presentamos tres trabajos que, desde la teoría económica y valiéndose de diversos enfoques y experiencias, permiten reconsiderar el papel de la industria y la industrialización en distintos momentos de la historia económica moderna.

El primero de ellos, “Conocimiento y valorización en el capitalismo industrial”, de Sebastián Sztulwark, Pablo Míguez y Santiago Juncal, se dedica a analizar el papel del conocimiento en el llamado “capitalismo industrial”. El artículo tiene dos abordajes complementarios (a su vez tripartitos). En primera instancia se aclaran las cuestiones teóricas, fijando el alcance del concepto “conocimiento”, luego de qué manera el mismo se articula con el proceso de valorización capitalista y por último se delimita históricamente la vigencia del capitalismo industrial, mediante la noción de “sistema histórico de acumulación”. En segundo lugar, con el andamiaje metodológico de la sección previa, se aboca al análisis histórico propiamente dicho, examinando la configuración del proceso de trabajo, mediante el papel de los medios de producción primero y del trabajo después, para cerrar el estudio con la instancia de apropiación mercantil.

El desenlace de la perspectiva adoptada por Sztulwark, Míguez y Juncal lleva a reconocer que a nivel genérico, tanto en el proceso productivo (de creación de valor) como en el momento de realización del producto (la apropiación de ese valor creado), el conocimiento jugó un papel sustantivo en el sistema capitalista desde su misma emergencia, mientras que la lógica específica de la producción industrial debería buscarse a nivel de proceso (antes que de producto). En conclusión, el conocimiento mediaba el proceso de trabajo del capitalismo industrial a través de dos vías: por medio de su incorporación en el capital fijo y de la concepción del proceso en sí. Se expone además que, luego de la objetivación del conocimiento, dadas las condiciones de reproducción del sistema histórico de acumulación del

capitalismo industrial, no existían barreras inmanentes para la apropiación del valor creado en dicho proceso.

El segundo artículo, “El desarrollo económico de la Rusia Soviética: entre papas y ojivas” elaborado por Eduardo Crespo y Mirelli Malaguti, reflexiona acerca del “Gran Debate” de la temprana industrialización soviética, abordando las posturas polares sostenidas por Preobrazhenski (promoción a toda costa de la industrialización y colectivización forzosa de la tierra) contra Bukharin (necesidad de aliarse con los campesinos y fomento de la producción agrícola mediante el mantenimiento de relaciones capitalistas en el campo). Para ambos, resultaba claro que la imperiosa necesidad de avanzar con la industrialización levantaría fuertes tensiones e imponía la necesidad de articular una determinada estrategia hacia el campesinado.

El análisis es contextualizado tanto desde la teoría económica, como con las exigencias del contexto ruso de los años pos-revolucionarios. Luego de arduas discusiones y varias marchas y contramarchas, el ascenso de Stalin clausuró la controversia sobre las opciones posibles: el rumbo seguido por la naciente Unión Soviética significó el triunfo de la postura de Preobrazhenski. Las condiciones en que pudo triunfar dicha política, como los límites que imputó al mismo proceso, terminaron por darle (en parte al menos) la razón a Bukharin. Advierten Crespo y Malaguti finalmente que la extrapolación de estas ideas sin el reconocimiento de las muy especiales circunstancias en que fueron originalmente planteadas pueden invalidar las premisas y por ello, los resultados a que arriben las teorías del desarrollo construidas posteriormente.

Últimamente, el aporte de Fabián Amico, “Notas sobre la ISI en Argentina: Buscando adentro la fuente de la competitividad externa”, se propone desentrañar hasta qué punto la industrialización sustitutiva argentina (especialmente en su última etapa) generó mecanismos “virtuosos” de incrementos de productividad, que hubieran permitido una sustentabilidad acumulativa en el tiempo de dicho modelo de acumulación. Así, busca poner en tensión la difundida idea de que la ISI habría fracasado (el famoso argumento del “agotamiento”) por sus falencias de origen en la búsqueda de autarquía económica y la persistencia de un “sesgo anti-exportador” que la ubicarían en las antípodas del modelo de crecimiento “liderado por exportaciones”, que se supone (erradamente) más “amigable” con los mercados que la política sustitutiva.

Además de marcar que las condiciones específicas de las economías latinoamericanas de posguerra compelieron a un desarrollo “hacia dentro”, Amico reconoce que el mismo tenía sus limitantes en la reducción del coeficiente de importaciones, al volverse imprescindible avanzar en la producción local de bienes intermedios y de capital. Así, más allá de los mayores costos relativos y la elevada protección arancelaria, Argentina (junto con varios otros países latinoamericanos) realizó crecientes exportaciones manufactureras a principios de los setenta. Dicho proceso se habría asentado en ganancias estructurales

de productividad disparadas por la competencia entre industrias locales que -efecto de Kaldor-Verdoorn mediante-, habrían más que compensado los supuestos efectos perjudiciales de la elevada protección. Nuevamente, la cuestión política y coyuntural se ubica en un primer plano para explicar la dinámica económica, al postularse que la ISI lejos estaba de verse “agotada”.

Desde que Adam Smith puso a la industria en el eje central de la explicación de la *Riqueza de las Naciones* los economistas se han ocupado por los problemas y la caracterización del proceso industrializador, partiendo desde su misma (aparentemente esquiva) definición. No resolveremos aquí el problema, que alude en esencia a determinada configuración histórica de las relaciones sociales de producción (la subsunción tanto “real” como “formal” del trabajo por el capital). Sin embargo, en dicho sentido, los aportes que aquí presentamos manifiestan que la economía tiene la necesidad de trascenderse a sí misma como disciplina. La Economía Política reclama la incorporación de cuestiones sociales, políticas e históricas que en vez de excederla, la enriquezcan.

Es claro que los tres trabajos se mueven en niveles de abstracción disímiles: mientras el de Sztulwark, Míguez y Juncal se refiere a cuestiones conceptuales constitutivas del modo de producción capitalista, que permiten comprender -por su parte- hasta qué punto la acumulación en la industria es parte central del mismo; el de Crespo y Malaguti realiza un abordaje a la vez histórico, económico e ideológico sobre los límites de la industrialización soviética inicial y las distintas aristas de la discusión teórica sostenida por entonces; y por su parte Amico, al emprender su estudio sobre algunas dimensiones básicas del último período de la industrialización sustitutiva en Argentina, también enmarca la lectura histórica con el repaso de algunas de las posiciones que por entonces resultaban más comprensivas de dicho proceso industrializador.

Es probable que una mirada superficial se pueda prestar para suponer que los tres trabajos, más allá del incuestionable interés intrínseco de cada uno de ellos, resultarían discordantes, al referirse a temas conceptual e históricamente alejados entre sí. Sin embargo, una lectura más atenta permitirá encontrar que la aparente desunión no es tal, sino que la unidad temática (en torno a “lo industrial”) alza robustos lazos de complementariedad entre ellos.

Como punto de unidad teórico principal debe repararse en que los tres artículos despliegan sus argumentos por fuera de los estrechos límites de la economía *mainstream*. Con un enfoque de teoría crítica o heterodoxa, que abreva (con las particularidades de cada caso) en argumentos de inspiración marxista, regulacionista, de vertiente clásica o estructuralista-desarrollista, procuran dar cuenta de distintos momentos en la evolución del capital industrial, aportando interesantes sugerencias para la reinterpretación de la historia económica, tanto global como local.

Sucede que la teoría neoclásica estándar, en rigor, niega toda especificidad a la industria como elemento conductor de reproducción ampliada del capital y el desarrollo económico. Para esta fallida

concepción, la especialización internacional debe producirse exclusivamente de acuerdo a la dotación relativa de “factores de producción” de cada país, rechazando de plano la posibilidad de que se produzcan desequilibrios económicos permanentes. A pesar de sus notorias inconsistencias, la reiterada prescripción derivada de las ideas dominantes en pos de aceptar las fuerzas (“libres”) del mercado como mecanismo eficiente para la asignación de recursos excluye, por elevación, toda posibilidad de modificar conscientemente la estructura productiva de cada país.

Sin embargo, al cruzir el paradigma reinante bajo la actual crisis mundial (que él mismo ha instalado), parece reverdecer en la agenda pública la relegada problemática del desarrollo y en ella, del papel que le toca jugar a la industria y al Estado. Al quedar claro que la hegemonía neoliberal no produjo los resultados prometidos, las preguntas de antaño cobran nueva relevancia. En ese punto los trabajos de este *dossier* permiten alertar que la remozada “cuestión industrial” encierra complejidades que no suelen estar presentes en la discusión, incluyendo los círculos académicos. Además señalan la riqueza que permiten alcanzar los abordajes económicos que no se ciñen a los estrechos dictados de la teoría (aún) dominante; mediante la posibilidad de perfeccionar el contenido conceptual de los términos de la discusión económica y, sobre todo, gracias a la capacidad de arrojar nueva luz sobre determinantes y consecuencias de los procesos históricos.

Las posibilidades de alcanzar (o no) el pleno desarrollo de las sociedades capitalistas mediante el impulso manufacturero, el papel ideológico y social que pueden jugar los argumentos teóricos sobre sus límites, el lugar que le corresponde ocupar al Estado y la articulación de la planificación económica con las incidencias coyunturales del sistema socio-político, son algunas de las cuestiones que no deberían pasar inadvertidas para quien pretenda reflexionar sin extravío acerca de la economía y la industria del siglo XXI. Que estas materias tengan una historia que pueda contarse en décadas no debería resultar desalentador, sino un aliciente a actualizar los vastos argumentos del pasado, hallando sus puntos de continuidad y ruptura a fin de resignificarlos hacia el debate futuro. Como cabalmente nos instan a emprender los tres artículos publicados en este *dossier* especial.